

## HERIBERTO CAIRO CAROU

Departamento de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos I y Geografía Humana,  
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid.

# ELEMENTOS PARA UNA GEOPOLITICA CRITICA: TRADICION Y CAMBIO EN UNA DISCIPLINA MALDITA

### RESUMEN - RÉSUMÉ - ABSTRACT

Desde los años setenta el surgimiento de una "Geopolítica crítica" que pretende liberarse del fetichismo del Estado, ha marcado una ruptura radical con la reflexión geopolítica tradicional. En este artículo nos ocuparemos de esta cuestión, pero antes es necesario reflexionar sobre la tradición de la Geopolítica, ya que existen continuidades tan influyentes en la configuración de la disciplina como las rupturas.

\* \* \*

*Elements pour une Geopolitique critique: tradition et changement dans une discipline maudite.*- Depuis les années soixante-dix l'apparition d'une Géopolitique critique, qui prétend débarrasser du fétichisme de Etat, a marqué une rupture radicale avec la réflexion géopolitique traditionnelle. Dans cet article nous étudierons cette question, après avoir réfléchi sur la tradition en Géopolitique, puisque il y a des continuités aussi importantes dans sa configuration que les ruptures.

\* \* \*

*Elements for critical Geopolitics: tradition and change in a damned discipline.*- From the seventies the emergence of "critical geopolitics", which seeks to get rid of the State fetishism, has entailed a radical breaking with the traditional geopolitical thinking. We will deal with this question in this article, but first of all it is necessary to think about the geopolitical tradition, since in the configuration of the discipline there are some elements of continuity which are as influential as the breaking ones.

**PALABRAS CLAVE:** Geopolítica, geoestrategia, análisis de sistemas mundiales, geografía del poder, geografía política humanística, Estado, epistemología.

**MOTS CLÉ:** Géopolitique, géostratégie, analyse de systèmes mondiaux, géographie du pouvoir, géographie politique humanistique, Etat, épistemologie.

**KEY WORDS:** Geopolitics, geostrategy, world-systems analysis, geography of power, humanistic political geography, State, epistemology.

## I. INTRODUCCION

La Geopolítica siempre ha sido definida ya como parte de la Geografía Política, ya confundiendo con ésta o en contraposición a ella. En todo caso, no se puede entender bien la tradición y los cambios operados en la disciplina sin tener una noción previa del contexto de saberes en los que se enmarca.

En ese sentido, la Geografía Política, en cuanto disciplina científica surgida durante el siglo XIX en Europa, hace no muchos años que parecía abandonada. Era considerada una "corriente estancada que moría", según la expresión tantas veces citada de BEY (1969, 450), pero desde los años setenta ha resurgido con renovado vigor. De este modo, la reflexión sobre las relaciones entre lo político y lo geo-

gráfico, de la que, en cualquier caso, existen numerosos antecedentes (KASPERSON y MINGHI, 1969; GOMANN, 1952), ha vuelto a situarse en el horizonte intelectual más inmediato.

Pero la Geografía Política es también un saber estratégico, muy anterior a la disciplina científica, y un discurso político. Todos estos aspectos se confunden fácilmente, pero es posible distinguirlos.

### 1. LA TRADICION MODERNA DE LA GEOGRAFIA POLITICA

La institucionalización de la Geografía significó la delimitación de varios campos dentro de la misma (CAPEL SAEZ, 1981). Uno de esos campos

es la Geografía Política, que estuvo estrechamente ligada en sus inicios a la Geografía Comercial y a la Geografía Colonial. Las razones que condujeron a dicha institucionalización, “hay que buscarlas no tanto en la lógica interna del conocimiento científico como en la acción de factores «externos», en estímulos procedentes de la sociedad de la época” (CAPEL SAEZ, 1981, 80). En este sentido, se puede afirmar que la Geografía Política —y no menos la Colonial y Comercial— se desarrollaron, fundamentalmente, por mor de los intereses nacionalistas e imperialistas de las pujantes burguesías europeas<sup>1</sup>; en otras palabras, una y otras fueron instrumentos de las nuevas clases dominantes, tanto para perfeccionar el control político interno del territorio de cada Estado, como para competir en las mejores condiciones con otros Estados por el dominio de otros territorios.

En general, se considera que la aparición formal de la Geografía Política en sentido moderno<sup>2</sup> coincide con la publicación en 1897 de la obra con tal título de Friedrich RATZEL; aunque, en sentido estricto, habría que señalar el año anterior, cuando aparece su conocido artículo sobre “las leyes del crecimiento espacial de los Estados”, con el subtítulo de Una contribución a la Geografía Política científica, como el momento “en que verdaderamente se resume la ruptura con el pasado” (KASPERSON y MINGHI, 1969, 6). En cualquier caso, la obra de RATZEL se centra sobre el estudio del comportamiento del Estado en el espacio, ya que el Estado constituye, según sus propias palabras, “la mayor obra del hombre sobre la tierra” (1897 [1987, 60]).

Siguiendo esta línea de razonamiento, en la Geografía Política tradicional se produjo una identificación entre política y Estado mediante la cual las relaciones políticas se reducen sólo al ámbito estatal. Este es el factor fundamental que conduce a RAFFESTIN a afirmar que, al margen de su intención, la Geografía Política ratzeliana “es de hecho una Geografía del Estado y es el vehículo, implícitamente, de una concepción totalitaria, la de un Estado todopoderoso” (1980, 11). No cabe duda de que, desde esta perspectiva, la Geografía Política se

puede reducir a una Geografía del Estado, ya que, “desde el momento en que el Estado = lo político, y la categoría del poder estatal es superior a todas las otras, el Estado puede ser la única categoría de análisis” (RAFFESTIN, 1980, 11). Este reduccionismo provocará las consiguientes limitaciones en la explicación e interpretación de los hechos.

Por supuesto que la relación existente entre Geografía y Geografía Política es, como hemos visto, desde sus orígenes modernos una relación de inclusión de la segunda en la primera. Pero, además, hay que señalar que ya desde el primer momento de la “tradición geográfica moderna” —por usar la expresión de ORTEGA CANTERO (1987, 15)— los geógrafos entendieron que la Geografía Política se encontraba en el centro de sus reflexiones. No creemos que sea fruto de la casualidad que, tanto RATZEL como MACKINDER se ocuparan exhaustivamente de diversos aspectos de la Geografía Política. Y son geógrafos principalmente —con la excepción parcial de la escuela alemana de Geopolitik<sup>3</sup>— los que desarrollaron la Geografía Política hasta los años cuarenta; y ello probablemente explica en parte los problemas posteriores, ya que no cabe duda de que el “papel estelar” que tenía en sus comienzos dentro de la Geografía académica se perdió tras la Segunda Guerra Mundial, cuando entra en crisis debido tanto a los indudables excesos de la Geopolitik<sup>4</sup> como a la primacía de corrientes neopositivistas obsesionadas con una ciencia apolítica imposible.

Por contra, a pesar de las repetidas llamadas a que la Geografía Política se convierta en un “campo establecido de la Ciencia Política” (SPROUT, 1931), en la actualidad esa necesidad todavía no es sentida por todos los politólogos<sup>5</sup>, y, de hecho, las aportaciones al campo de la Geografía Política son de mucha menor importancia que las de los geógrafos (PRESCO, 1972; LAPONCE, 1983). Situación que redundará en una frágil comprensión del politólogo del papel que desempeña el espacio en la constitución de su objeto de estudio.

No es este el lugar para indagar en las razones de la ausencia de razonamientos espaciales en la Ciencia Política. Pero, en cualquier caso, las cien-

<sup>1</sup> No obstante, CAPEL SAEZ (1981, 80-239), señala correctamente, a mi juicio, que no es razonable pensar en sólo un motivo a la hora de explicar la institucionalización de la Geografía, mostrando sus dudas sobre las tesis que apuntan al imperialismo como causa única. Incluso los que vinculan el desarrollo de la Geografía a la expansión imperialista reconocen que “no sería enteramente cierto decir que la promoción de la educación geográfica se debió sólo a propósitos imperialistas prácticos” (HUDSON, 1977, 18).

<sup>2</sup> El uso del término por parte de algunos geógrafos con anterioridad a RATZEL no parece que coincida con el uso moderno. Por ejemplo, MACKINDER lo usa inicialmente para aludir a lo que posteriormente denominaría “Geografía Humana”; en este sentido lo interpreta PARKER (1982, 107), con el que estamos de acuerdo a la vista del uso del término en algunas obras de MACKINDER (1890).

<sup>3</sup> La Geopolitik no fue sólo ocupación de geógrafos, como OBST o MAULL, sino que otros profesionales desempeñaron

un papel importante en la conformación de esta corriente intelectual; por ejemplo, el mismo HAUSHOFER, padre putativo de la Geopolitik, era militar.

<sup>4</sup> La influencia adversa que la Geopolitik ha tenido durante décadas se ha podido percibir incluso en la constitución del grupo de estudio de la Unión Geográfica Internacional sobre el “Mapa Político Mundial”, que elige esa denominación porque “había una conocida oposición en algunos países al término Geografía ‘Política’” (KNIGHT, 1989, 88).

<sup>5</sup> Ni siquiera la existencia de un Comité de Investigación (Research Commitee) de Geografía Política desde 1976 en la Asociación Internacional de Ciencia Política (IPSA-AISP) ha supuesto una incorporación completa y efectiva de esta disciplina. En la actualidad está presidido por Jean GOMANN y Jean LAPONCE, geógrafo uno y politólogo el otro, en sus carreras profesionales respectivas.

cias sociales, por más que algunos lo pretendan, no constituyen compartimentos estancos, sino que, tal y como afirma FOUCAULT, “se entrecruzan y pueden siempre interpenetrarse las unas a las otras, sus fronteras se desvanecen, [y] las disciplinas intermedias y mixtas se multiplican indefinidamente” (cit. en REYNAUD, 1982, 11). Una de éstas es — o, al menos, podría serlo —, a nuestro juicio, la Geografía Política.

El deseo de vincular la Geografía con la Ciencia Política se encontraba ya, sin lugar a dudas, en los “padres fundadores” de la disciplina; así RATZEL, en la Introducción a su obra seminal, escribía, refiriéndose a la misma: “Si pudiese contribuir a un acercamiento entre las Ciencias Políticas e Históricas, de una parte, y la Geografía, de otra, me sentiría generosamente recompensado por mi trabajo” (1897 [1987, 56]). Sin duda RATZEL intuía las dificultades que traería consigo el alejamiento entre ellas.

Pero es menester entender que no se trata sólo de mantener un prejuicio negativo hacia la separación de los saberes, sino que creemos que hay que superar las barreras, establecerse en las zonas intermedias como mejor modo de lograr avances en el conocimiento:

“Razonar en términos de intersección es ciertamente más fructífero que considerar las relaciones entre las ciencias sociales en términos de todo o nada (...) Las fronteras entre las ciencias sociales no están fijadas y solidificadas de una vez por todas, sino que por el contrario son movedizas e inciertas, a menudo revisadas ya que siempre están puestas en cuestión, y hacen pensar en juegos de nubes que se entremezclan, se combinan y se disipan. Las innumerables intersecciones entre las ciencias sociales constituyen zonas de recubrimiento, que son otras tantas zonas de indecisión en las que entrecrocán ideas que favorecen la renovación de teorías y de técnicas, se elaboran nuevos campos de conocimiento y ocupan su lugar los saberes del mañana” (REYNAUD, 1982, p.21).

Este es el punto de partida que nos lleva no sólo a calificar la Geografía Política de disciplina intermedia, sino a entender que desde la misma se puede contribuir, con mayor o menor intensidad, a la renovación teórica y metodológica en el campo de la Geografía y la Ciencia Política. Este es, sin duda, uno de los mayores intereses que puede tener esta disciplina para geógrafos y politólogos, y justifica por sí mismo todo el esfuerzo de renovación que se está realizando.

## 2. UN SABER ESTRATEGICO Y UN DISCURSO POLITICO

La actual renovación de la Geografía Política ha arrojado luz sobre una de las características más antiguas del saber geográfico, su función estratégica, que está ausente generalmente de la tradición geográfica moderna. En este sentido, señala LACOSTE que:

“La Geografía es, en primer lugar, un saber estratégico estrechamente unido a un conjunto de prácticas políticas y militares, y son dichas prácticas las que exigen la recopilación articulada de unas informaciones extremadamente variadas y a primera vista heterogéneas, cuya razón de ser y cuya importancia no es posible entender si nos limitamos a la legitimidad del Saber por el Saber” (1976a [1977, 7]).

Esa ausencia, que se acentúa en la medida en que sus practicantes se aíslan en sus torres de marfil, habría producido, según LACOSTE (1976a), un divorcio entre los geógrafos académicos y los geógrafos empleados por la Administración pública (civil o militar) o privada, es decir, entre la Geografía “de los profesores” y la “de los estados mayores”<sup>6</sup>.

Pero esta afirmación creemos que, en cierta medida, es excesiva. No sólo la Geografía “de los estados mayores”, como el mismo LACOSTE reconoce, “tanto hoy como antes, recurre a los resultados de las investigaciones científicas emprendidas por los universitarios” (1976a [1977, 19]), sino que también las investigaciones “de los profesores” tienen, en mayor o menor medida, una intención de intervención política, sea inmediata o no. Además, no se puede olvidar que existe una movilidad de geógrafos profesionales entre ambos ámbitos, cuando menos en determinadas circunstancias, como, por ejemplo, durante los conflictos bélicos<sup>7</sup>.

En última instancia, creemos que esta posición de LACOSTE responde a una concepción específica, en cierta medida reduccionista, del poder; éste estaría concentrado en el Estado y sólo desde esta instancia se puede asignar sentido al saber. Considerar el poder como algo que se puede conquistar, mantener o perder, supone independizarlo de las relaciones sociales, que entonces se podrían en teoría constituir al margen del poder; implicaría poco menos que entenderlo como un “botín” que genera guerras por su captura. Pero la humanidad es

“efecto e instrumento de relaciones de poder complejas, cuerpos y fuerzas sometidos por dispositivos de ‘encarcelamiento’ múltiples, objetos para

<sup>6</sup> La distinción que formula LACOSTE (1976a [1977, 7-27]), entre “geografía de los profesores” y “geografía de los estados mayores”, la primera como disciplina científica que sólo aparece en el siglo XIX y la segunda como saber estratégico que no “inventa” la burguesía, permite distinguir mejor las funciones tanto ideológicas como estratégicas de la Geografía Política, que a menudo aparecen confundidas en el mismo discurso.

<sup>7</sup> Sobre el tema de la participación de los geógrafos en el “esfuerzo de guerra”, se pueden consultar, entre otros, los trabajos de APPLETON (1947) y BALCHIN (1987), referidos respectivamente a la labor de geógrafos americanos y británicos en la Segunda Guerra Mundial. Desde una perspectiva crítica es bien conocido el trabajo de LACOSTE (1976b) referente a los bombardeos norteamericanos de los diques del río Rojo en Vietnam.

discursos que son ellos mismos elementos de esta estrategia” [el subrayado es mío] (FOUCAULT, 1975 [1976, 314]),

y los científicos, universitarios o no, no son ajenos a esa realidad, son efecto e instrumento, pero también sujeto en las relaciones de poder. Entendemos, en definitiva, que estas relaciones son más complejas que como las concibe LACOSTE, y es ese reduccionismo el que le conduce, según creemos, a una concepción del científico que podríamos denominar “pasiva”, casi meramente instrumental.

Nos parece también arriesgado, a la vista de lo antedicho, afirmar que la Geografía académica —y, en especial, la Geografía Política académica— tienen fundamentalmente una función ideológica, que “sirve para apuntalar, con la nebulosidad de sus conceptos, cualquier tesis política” (LACOSTE, 1976a [1977, 9]). A nuestro entender, las posiciones teóricas que ven en el discurso político —o geopolítico— un mero instrumento justificador de una determinada práctica olvidan que el discurso ideológico goza de una autonomía que genera unas relaciones de poder propias, que en numerosas ocasiones conducen, por encima de otras consideraciones, a la toma de ciertas decisiones<sup>8</sup>.

## II. LA GEOPOLITICA

Establecer qué se entiende por Geopolítica no es una tarea fácil, dado que la denominación se ha utilizado desde múltiples perspectivas y con un significado a menudo contradictorio. En este sentido, aunque no es un propósito específico de este trabajo realizar un estudio pormenorizado de la evolución de la Geopolítica como disciplina —por otra parte ya realizado brillantemente por HEPPLÉ (1986), KRISTOF (1960), MASSI (1986), OYA (1971) o PARKER (1985)—, sí que es necesario establecer cuáles son los presupuestos básicos que se han dado en su conformación, así como cuál es el corpus de conocimiento donde se inscribe.

Asimismo es importante precisar las diferencias conceptuales entre términos tan próximos como Geopolítica y Geoestrategia, o distinguir entre códigos geopolíticos y modelos geopolíticos.

### 1. LA GEOPOLITICA: ESTUDIO DE LAS RELACIONES ESPACIALES EXTERIORES DE LOS ESTADOS

El término Geopolítica ha sido usado, de forma precisa, para referirse

“convenientemente a las relaciones geográficas externas de los Estados y, más específicamente, a los aspectos geográficos de esas relaciones exteriores y los problemas de los Estados que afectan a todo el mundo” (EAST y MOODIE, 1956, 23).

En términos generales, pensamos que esta definición recoge el conjunto de elementos en cuyo estudio se ha ido conformando una peculiar tradición, que es fundamentalmente moderna, aunque entronca con la tradición más antigua de la Geografía en tanto que “saber estratégico”, a la que ya nos hemos referido con anterioridad.

En la medida en que se acepte la anterior definición, la Geopolítica tiene que ser entendida entonces como “una subdivisión de la Geografía Política y no una disciplina paralela” (PATRICK, 1979, 230). De esta forma, se podría afirmar que todo estudio de carácter geopolítico estaría englobado dentro del campo de la Geografía Política, pero que el objeto de estudio de esta última sería más amplio. Por ello, sobre todo, entendemos que la definición antedicha expresa de una forma bastante precisa cuál es el objeto general de estudio de lo que en la actualidad conocemos como Geopolítica, que no puede ser otro que “la escena internacional desde un punto de vista espacial o geocéntrico” (PARKER, 1985, 2).

Hay que señalar, también, que desde sus principios la Geopolítica va a concentrar su atención en “el entendimiento del todo” (PARKER, 1985, 2); por lo tanto, la escala global es su nivel analítico fundamental. Este hecho constituye para algunos una seria deficiencia en la virtualidad explicativa de la Geopolítica y, sobre todo, de su capacidad crítica; en este sentido, son notables algunas críticas, que señalan precisamente que la Geopolítica

“no es un enfoque utilizable con todas las escalas (...) [ya que] se trata de un método que entraña una concepción del poder que proviene directamente de un determinismo geográfico (...) El Estado, con mayúscula, es el único actor que la Geopolítica tiene en cuenta. Retomar, sin darle otra forma, el modo de razonamiento geopolítico significa negar de antemano las posibilidades de la población para reencontrar su propio poder” (RAFFESTIN, 1980, 179).

En nuestra opinión, no se puede pretender continuar sin más las prácticas de la Geopolítica clásica, pero no creemos que sea una tradición completamente desdeñable dentro de la perspectiva de una Ciencia Social crítica, y tal entendemos que es el sentido de la apreciación de RAFFESTIN: no se puede retomar la Geopolítica sin conformarla de

<sup>8</sup> Creemos que intervenciones, como las de los Estados Unidos en Corea o en Vietnam, y muchas otras, durante la llamada “guerra fría”, no se pueden explicar si no se tienen en cuenta, no de forma exclusiva, pero sí en gran medida, los códigos geopolíticos mantenidos por los Estados Unidos en aquellos mo-

mentos; códigos geopolíticos en cuya elaboración cobra una gran importancia un modelo geopolítico, que podemos calificar de ideológico, como es el que elaboró Halford MACKINDER, del que más adelante nos ocuparemos de forma especial.

otra manera; porque, desde luego, no cabe pensar en desechar la disciplina sólo sobre la base de determinada práctica clásica, pues sería poco útil desaprovechar su potencial analítico.

La Geopolítica, cuyas características definitivas más importantes acabamos de señalar, se fue conformando inicialmente a partir de MACKINDER; a pesar de que fue el sueco KJELLEN, en 1899, el autor que acuñó el término<sup>9</sup>, que apenas sería conocido antes de la Primera Guerra Mundial.

Algunos (e.g., De BLIJ, 1967) citan asimismo al norteamericano MAHAN como otro de los “padres fundadores” de la Geopolítica. Este oficial de la Armada, con el fin de mostrar la importancia de la potencia naval en la historia de Europa y América, publicó una de las primeras y más relevantes obras sobre el tema (MAHAN, 1890). En ella señalaba que el poderío naval era el fundamental en un Estado, y, que tal poderío se deriva de una Marina de Guerra fuerte, que sólo podía desarrollarse íntimamente ligada al comercio marítimo, cuyo auge se originaría en la posesión de colonias —ni que decir tiene que el modelo inspirador no era otro que la Armada británica—. También examinó los factores que condicionan la potencia naval, agrupándolos en seis tipos: posición geográfica, conformación física, extensión del territorio, cantidad de población, carácter del pueblo y carácter del gobierno, y escrutando en cada uno de ellos las posibilidades de los Estados Unidos —país del que, no olvidemos, era ciudadano— en tanto que potencia naval.

También se suelen situar los trabajos de RATZEL en el origen de la Geopolítica. En alguno de ellos (RATZEL, 1896a) se ocupó de problemas similares a los de MAHAN, y trató, en general, las relaciones entre Estados, normalmente desde la perspectiva de las interrelaciones entre la acción humana y el medio y, en particular, buscando las leyes que gobiernan su desarrollo (RATZEL, 1896b, 1897). En la medida que en su obra se produjo lo que algunos denominarían un “corte epistemológico”, que dio lugar a la Geografía Política, RATZEL tendría una influencia clave en la conformación de la subdisciplina de la Geopolítica, sobre todo en el caso concreto de la escuela alemana de la Geopolitik.

Sin embargo, no se puede aceptar que la importancia de MAHAN o de RATZEL sea la misma que la de MACKINDER en el surgimiento de la Geopolítica. Estamos de acuerdo en que “fue MACKINDER quien trenzó estos diferentes ‘cabos’ de pensamiento para producir lo que L.S. AMERY llamó ‘una idea comprensiva’” (PAR-

KER, 1985, 16). Es decir, que fue MACKINDER quien conformó la subdisciplina tal y como hoy la conocemos; él fue precisamente quien encajó las piezas del conjunto.

No es casualidad que la obra de MACKINDER se desarrollase en plena época de expansión imperial británica, situación que dio lugar a un creciente interés por los problemas de ultramar. Su preocupación por las ventajas geoestratégicas de la potencia terrestre sobre la potencia marítima para el dominio del planeta era, en gran medida, reflejo de un hecho: se había completado el reparto colonial de los territorios “libres” ultramarinos, y diversas potencias comenzaban a reclamar la realización de uno nuevo, disconformes con lo “injusto” del anterior, cuando no pasaban directamente a la acción desalojando a viejos imperios de sus dominios coloniales —sin ir más lejos, la agresión norteamericana a los restos del imperio español en 1898— para apoderarse de los mismos. El propio MACKINDER (1904) señalaba que los inicios del siglo XX marcaban el fin de la época colombina, durante la cual la exploración geográfica del planeta se había terminado prácticamente, y, lo que era más importante aún, ya no existían territorios cuya posesión pudiera realizarse de forma pacífica, por eso consideraba que

“De aquí en adelante, en la era poscolombina, nos hallaremos con un sistema político cerrado y, lo que no tiene menos importancia, la esfera de acción del mismo será el mundo entero (...) Considero, en consecuencia, que en la década actual nos encontramos por primera vez en condiciones de intentar la determinación más o menos completa de la correlación que existe entre las más amplias generalizaciones geográficas e históricas (...) y podemos buscar una fórmula que expresará, hasta cierto punto, algunos aspectos de la causalidad geográfica en la historia universal” (MACKINDER, 1904, 421).

Este sistema tendría un carácter fuertemente interconectivo, que implicaría que las acciones que se producen en determinado lugar tienen su impacto sobre otros<sup>10</sup>.

En dichas circunstancias, y a partir de la percepción de las mismas, MACKINDER elaboró su conocido modelo —formulado con ligeras variaciones en tres ocasiones (1904, 1919, 1943)—, en el que, sobre la base de la interpretación de la historia europea, consideraba que el Estado que ocupase la “región pivote” (Pivot Area) —o “corazón continental” (Heartland)— dentro de Eurasia podría ejercer una influencia decisiva sobre la vida política del mundo entero. A fin de contrarrestar esta supe-

<sup>9</sup> OYA (1971) señala la publicación de un ensayo de KJELLEN sobre ‘consideraciones geopolíticas acerca de Escandinavia’ traducido al alemán en 1905 como el momento de puesta en circulación del término.

<sup>10</sup> Más explícitamente: “Todas las explosiones de fuerzas socia-

les que se produzcan, en vez de disiparse en un circuito circunvecino de espacio desconocido en el que dominan la barbarie y el caos, serán fielmente reflejadas desde los más lejanos rincones del globo y, debido a ello, los elementos débiles del organismo político y económico del mundo serán destruidos” (MACKINDER, 1904, 422).

rioridad geoestratégica, MACKINDER prescribía a la potencia marítima —en aquellos momentos, el Reino Unido— una política de “equilibrio de poder” en el “cinturón interior” (Inner crescent) que rodea al “corazón continental” de Eurasia, ya que si esta masa llegase a ser dominada por la potencia terrestre, ésta dominaría inevitablemente el mundo<sup>11</sup>.

Una formulación de este tipo se presta a una fácil crítica por su determinismo; es sencillo deducir de los escritos de MACKINDER que los procesos geopolíticos importantes estarían determinados por la posición que ocupan en el planeta las diferentes potencias que intervienen en ellos. Esta concepción recuerda mucho a la interpretación que hace RATZEL del evolucionismo darwinista; sin embargo, no se ajustan a ese fatalismo las fórmulas de acción prescritas por MACKINDER que “presuponían un alto grado de potencial emancipador de aquellas ataduras ambientales que tanto se habían apretado históricamente” (PARKER, 1985, 27).

Esta tradición geopolítica, que es como hemos visto necesariamente moderna, tiene sus continuadores. Tras MACKINDER hay que mencionar, entre los más importantes, a SPYKMAN<sup>12</sup>, que a finales de los años treinta se adentró en el análisis de las relaciones entre geografía y política exterior (SPYKMAN, 1938; SPYKMAN y ROLLINS, 1939) inspirado en la fórmula que desde Napoleón fascina a todo hombre de Estado realista: “La Geografía es el factor condicionante más fundamental en la formulación de una política [exterior] nacional porque es el más permanente” (SPYKMAN, 1938, 29). Dos de sus libros más conocidos (SPYKMAN, 1942, 1944) fueron escritos con la intención explícita de intervenir en la formación de la política exterior norteamericana. En ellos, partiendo de la consideración de que

“la sociedad internacional es (...) una sociedad sin una autoridad central para mantener la ley y el orden y sin una instancia oficial que proteja a sus miembros en el disfrute de sus derechos (...) Una acertada política exterior para los Estados Unidos (...) debe desarrollar una ‘estrategia global’ (grand strategy) tanto para la guerra como para la paz basada en las implicaciones de su localización geo-

gráfica en el mundo” (SPYKMAN, 1942, 7-8).

Esta declaración se ha de contextualizar en los fundamentos de la escuela realista de las Relaciones Internacionales; pero, sobre todo, plantea descarnadamente un tema: la mayoría de los autores que escriben de Geopolítica desean modelar o influir en la política exterior de su país, lo que conduce necesariamente a una elaboración tendenciosa de los modelos geopolíticos desde una perspectiva nacional (TAYLOR, 1985).

La importancia de SPYKMAN, vista desde una perspectiva actual, radica también en su papel de “puente” entre los “padres fundadores”, de los que hemos hablado, y la Geopolítica conservadora que reaparece con vigor en los años setenta<sup>13</sup>. En esta línea hay que resaltar especialmente los trabajos de GRAY (1977, 1988), en los que reclama la herencia intelectual de los clásicos<sup>14</sup>, o de BRZEZINSKI (1986). Tampoco se puede dejar de mencionar la labor de COHEN (1964), que ha contribuido decisivamente a mantener viva la tradición del análisis geopolítico.

## 2. ALGUNOS PROBLEMAS DE DEFINICION

Es imprudente presumir que la concepción de la Geopolítica que mantenemos aquí sea aceptada por todos —o, incluso, por la mayoría— de los geógrafos políticos<sup>15</sup>. Por el contrario, un buen número de ellos discrepan —y no se trata, en la mayor parte de los casos, de diferencias de matiz, sino de importantes divergencias de concepción— sobre el objeto, método y fundamentos de la Geopolítica.

Se pueden distinguir, al menos, seis grupos de geógrafos políticos que entienden de otra forma la Geopolítica: los practicantes de la Geopolitik, sus críticos, los que entienden que la Geopolítica es una Ciencia Política, los que la consideran una ciencia dinámica, los que la aplican a todas las escalas geográficas y aquellos que la circunscriben a determinado tipo de relaciones externas.

Los practicantes de la Geopolitik —que floreció especialmente en la Alemania de entreguerras<sup>16</sup>, vinculada fundamentalmente con la figura del gene-

<sup>11</sup> Es sumamente explícito en su conocida fórmula: “Quien gobierne la Europa Oriental dominará el Corazón Continental; quien gobierne el Corazón Continental dominará la Isla Mundial; quien gobierne la Isla Mundial dominará el mundo” (MACKINDER, 1919, 150).

<sup>12</sup> Sobre las características e importancia de la obra de este norteamericano de origen holandés se puede consultar a WILKINSON (1985), FURNISS, Jr. (1952) o SEVAISTRE (1988).

<sup>13</sup> Sobre el resurgimiento de la Geopolítica en los años setenta se puede ver HEPPLÉ (1986), que destaca el papel de Henry KISSINGER en esta renovación, sobre todo en su versión conservadora. En el mismo sentido se funda en París en 1982 el Institut International de Gopolitique con el objetivo “de mostrar lo que consideran tendencias hegemónicas soviéticas y la necesidad que tiene la OTAN de reforzarse y hacer frente al supuesto peligro” (CAIRO CAROU, 1988, 437). El rol co-

nector de SPYKMAN entre los “padres fundadores” y la renovada geopolítica conservadora, queda bastante claro, por ejemplo, en varias de las ponencias presentadas a un simposio internacional sobre geopolítica organizado por la OTAN, más tarde publicadas en ZOPPO y ZORGBIBE (1985).

<sup>14</sup> GRAY considera la Geopolítica fundamental “para entender los principales problemas de seguridad internacional” (1988, 4). Entiende que la secuencia MAHAN, MACKINDER y SPYKMAN conforma las bases de una concepción de la Geopolítica superior a otras alternativas.

<sup>15</sup> Hay autores que sí entienden que la concepción aquí formulada ha sido aceptada casi universalmente: por ejemplo, PATRICK (1979, 230).

<sup>16</sup> Aunque disciplinas de corte similar se desarrollaron en la mayor parte de los Estados aliados y satélites del I Reich y tienen relevancia hasta hoy en día en ciertos países latinoameri-

ral HAUSHOFER(JACOBSEN, 1979; KORINMAN, 1990)—, adoptaron, con mayor o menor fidelidad según el autor, la definición dada por el sueco KJELLEN, que consideraba que la Geopolítica estudiaba “la influencia de los factores geográficos, en la más amplia acepción de la palabra, sobre el desarrollo político en la vida de los pueblos y Estados” (cit. en HENNIG y KÖRHOLZ, 1933 [1977, ix]). De este modo se amplía y, a la vez, se centra marcadamente el objeto de estudio: la Geopolítica no se ocuparía sólo de las relaciones externas de los Estados, sino de todas las actividades del mismo y, por otro lado, adoptaría una perspectiva ultradeterminista centrada en el estudio de la influencia del medio sobre la acción política. Según sus practicantes, había de diseñar las políticas tanto exteriores como interiores del “Estado-organismo”, a partir de las condiciones geográficas en las que desenvolvía su “vida”, intentando desarrollar su “sentido del espacio” (Raumsinn), ya que sólo aquellos Estados que lo poseyeran podrían “crecer” y “sobrevivir”.

Los críticos de la Geopolitik abundaron durante la Guerra Mundial y en el decenio posterior sobre todo. Un buen número de geógrafos (BOWMAN, 1942; DORPALEN, 1942; GYORGY, 1944; STRAUZS-HUPÉ, 1942) asimiló la disciplina de la Geopolítica con la práctica de la escuela alemana, considerando que “va más allá del estudio objetivo de los factores geográfico-políticos y es una pseudo-ciencia aplicada con objetivos muy cuestionables” (WEIGERT, 1957, 5). Entonces, distinguirían esa despreciable “geografía de Estado” (FARINELLI, 1983) de la respetable Geografía Política que, por el contrario, constituiría una auténtica ciencia; proponiendo la práctica de la segunda y el rechazo de la primera.

La concepción de la Geopolítica como una Ciencia Política responde al intento de algunos politólogos de diferenciar Geografía Política y Geopolítica asignando a cada una un énfasis diferente; la primera estudiaría los aspectos políticos de los fenómenos geográficos, mientras que la segunda daría una interpretación geográfica de los fenómenos políticos (KRISTOF, 1960). Semejante separación se intenta imponer, principalmente, en el contexto del enfoque autodenominado Ecología Política (McCOLL, 1966), que se desarrolló, básicamente, en Norteamérica en los años cincuenta y sesenta. Se

proponía estudiar tanto lo geográfico que está detrás de la política, como lo político que está detrás de la geografía; lo que propicia una aproximación bastante descriptiva y superficial a los problemas.

Algunos geógrafos, siguiendo un cierto paralelismo con los teóricos de la Geopolitik, especulan con el carácter supuestamente más estático de la Geografía Política frente a la Geopolítica, que sería una “ciencia dinámica”. En este sentido, MASSI considera que

“la primera estudia más estáticamente los Estados sobre la base de sus contenidos territoriales, buscando tipos y clasificaciones en conexión con las características ambientales; la segunda tiene por objeto los espacios políticos, más dinámicos en su desarrollo, ya sea microespacios en el interior de una frontera política, ya sea macroespacios que pueden superar los confines estatales” (1986, 31).

De este modo se podría comparar la Geopolítica y la Política Económica: aquélla sería a la Geografía Política, lo que ésta es a la Economía Política (MASSI, 1986).

Sostienen también otra concepción diferente aquellos que no circunscriben la Geopolítica a las relaciones externas, sino que distinguen entre una Geopolítica externa y otra interna. Son varios los casos que se podrían incluir bajo este epígrafe, comenzando por la propia escuela alemana, que por su especificidad hemos tratado con anterioridad; pero nos vamos a referir aquí al caso concreto de Yves LACOSTE y, de forma general, al conjunto de científicos sociales (geógrafos, politólogos, historiadores,...) y periodistas vinculados, en mayor o menor medida, a la revista Hérodote. Para este grupo, la Geopolítica es “una herramienta para continuar comprendiendo el mundo” (GIBLIN, 1985, 291), pero una herramienta teórica de características especiales “que trata de las relaciones entre los fenómenos políticos y las configuraciones geográficas, a la vez físicas y humanas” (LACOSTE, 1985, 43), y que puede ser utilizada tanto a escala internacional como a escala regional, en tanto que se trata de un razonamiento “táctico y estratégico” (FOUCAULT, 1976, 84). Para este grupo “se puede concebir fácilmente la necesidad de una Geopolítica regional” (GIBLIN, 1985, 293), y existirían, por lo tanto, dos tipos de Geopolítica: una “externa” y otra “interna”<sup>17</sup>.

---

canos. La Geopolítica italiana desarrollada sobre la base de una tradición diferente a la alemana —la escuela triestina— evidentemente no es una trasposición de la misma, al igual que la colaboración de los geógrafos con el gobierno fascista fue menor que la de sus colegas alemanes; pero tampoco era radicalmente diferente: MASSI (1986, 19), al argumentar el carácter antideterminista de la Geopolítica italiana, citando uno de sus trabajos de la época, la define como “la ciencia de los espacios vitales”, tema éste central en la Geopolitik; si bien es cierto que el uso del concepto de “espacio vital” de MASSI está más cerca del ratzeliano que del que hace la Geopolitik. En menor medida, ciertos círculos intelectuales cultivaron en Japón la Geoporitiku o Chiseigaku (TAKEUCHI,

1980). En varios países del Cono Sur americano este tipo de estudios han mantenido plena vigencia y, lo que es más importante, gran influencia, sobre todo entre los integrantes del estamento militar (CHILD, 1979, 1985).

<sup>17</sup> Se debe de señalar aquí que existen numerosos puntos de coincidencia entre la definición adelantada más arriba de Geopolítica y la “Geopolítica externa” del grupo de Hérodote, y más aún con la concepción que desarrollamos más adelante de “Geopolítica crítica”, de la que es de hecho, a nuestro juicio, una de las “corrientes” que confluyen permitiendo así su aparición.

Para otros, la Geopolítica debería reducirse al estudio de determinadas relaciones externas, fundamentalmente las rivalidades entre superpotencias; una forma de usar el término similar a la de KISSINGER al popularizarlo en los años setenta (HEP-PLE, 1986). Pero el caso más claro, en este sentido, es el de TAYLOR, que circunscribe la Geopolítica al estudio de uno de los conflictos predominantes dentro del sistema-mundial, esto es, “se ocupa de la rivalidad entre las ‘potencias principales’ (Estados centrales y semiperiféricos emergentes) (...) Espacialmente, en la actualidad, se refleja en la pauta ‘Este-Oeste’” (TAYLOR, 1985, 36), que hay que diferenciar de otra relación, que también se produce dentro del terreno de lo político y a una escala interestatal: el imperialismo, que “se ocupa de la dominación por Estados fuertes (en el centro) de Estados débiles (en la periferia) (...) Espacialmente, en la actualidad, se refleja en la pauta ‘Norte-Sur’” (TAYLOR, 1985, 36). Ambas estructuras están relacionadas, ya que la rivalidad en el centro se produce a fin de dominar la periferia, pero son diferenciables.

En general, podemos afirmar que los intentos de diferenciar la Geopolítica de la Geografía Política, ya sea basándose en su carácter acientífico, en su condición de ciencia política o en su dinamicidad, han resultado estériles. Por contra, sí cabe hablar hoy en día de especialización en las relaciones entre Geopolítica y Geografía Política, y son minoritarias las corrientes que definen como geopolíticos estudios que no se refieren a las relaciones externas de los Estados, estudiadas desde un punto de vista global; aunque con esto no queremos afirmar que en el análisis geopolítico no se hayan de tener en cuenta elementos que pertenecen a la “vida interna” —o *low politics*, si se prefiere— de los Estados; por el contrario, se han de integrar necesariamente, a riesgo de no poder entender numerosos problemas.

En lo referente a TAYLOR, no encontramos útil la reducción del objeto de estudio que realiza: por un lado, dificultaría la comprensión de las relaciones existentes en el sistema de Estados-nación, ya que habría una sobredeterminación de las mismas por parte de las superpotencias; por otro, la ruptura con la tradición geopolítica, en este aspecto, no facilitarían la percepción de las continuidades existentes.

A nuestro juicio, esta divergencia en las concepciones de la Geopolítica no significa que no exista una base para la práctica de la disciplina; se trataría más bien de que, como en el resto de las Ciencias Sociales, existe poco acuerdo entre los practicantes sobre las características epistemológicas y metodológicas de la misma.

La diferencia fundamental entre la Geopolítica que se conforma a partir de MACKINDER —a la que, por cierto, le disgustaba denominar así (PAR-KER, 1982, 147)— y otras interpretaciones no estriba en que la primera sea una ciencia “objetiva” y las otras una justificación intelectual de objetivos nacionalistas espurios; MACKINDER estaba tan

obsesionado, al menos, como HAUSHOFER con la intención de influir en la política exterior de su propio país; en otras palabras, la Geopolítica tradicional es una disciplina prescriptiva.

Tampoco creemos que haya que vincular la tradición geopolítica fundamentalmente a la obra de MACKINDER, y no a otros, debido a que su modelo ha sido el más conocido y el que más influencia ha tenido en el siglo XX; sino que su trascendencia estriba, a nuestro juicio, en el hecho de que el punto de partida de su análisis es el mundo en tanto que sistema político ya cerrado; la historia ya no puede seguir siendo sólo europea, ha de ser universal, y sólo desde esta aseveración puede desarrollarse la Geopolítica.

No olvidemos, por último, que esta Geopolítica clásica, que como hemos señalado consideramos parte de la Geografía Política, sufre los mismos problemas que ésta; así, la categoría fundamental de su análisis, por no decir la única, es el Estado. Las limitaciones que conlleva esta “fetichización” del Estado ya las hemos señalado antes, pero además hay que entender que, en la medida que son considerados como entidades autónomas cuyo objetivo es aumentar su poder, la función de esta Geopolítica no puede ser otra que la de informar y aconsejar a los “conductores” del Estado y, en última instancia, movilizar al “pueblo” encuadrado en dicho Estado. Pueblos y Estados que son considerados realidades dadas, son los actores del drama —o de la comedia—, y no cabe ir más allá.

### 3. CODIGOS GEOPOLITICOS Y MODELOS GEOPOLITICOS

Hasta este punto nos hemos ocupado de argumentos geopolíticos más o menos académicos, pero junto a ellos siempre han existido —sin un forzoso paralelismo—, los razonamientos de carácter geopolítico de las élites dirigentes de los Estados. En este sentido, conviene distinguir entre lo que TAYLOR (1988) denomina códigos geopolíticos y modelos geopolíticos.

Los códigos responderían a la práctica del razonamiento geopolítico habitual, cotidiana,

“que es llevada a cabo continuamente por las elites estatales, tanto civiles como militares (...) [que produce] códigos operacionales que consisten en un conjunto de presunciones político geográficas que subyacen en la política exterior de un país. Un código de este tipo ha de incorporar una definición de los intereses del Estado, una identificación de las amenazas externas a ese interés, una respuesta planificada a tales amenazas y una justificación para esa respuesta” (TAYLOR, 1988, 22).

Se trataría, en otras palabras, de una geopolítica práctica necesaria en todo momento para conducir la política exterior de cualquier Estado. No cabría pensar en ningún país sin un código geopolíti-



co, que, dependiendo de la importancia de aquél, tendría mayor o menor amplitud de miras. Así, de los tres niveles de código geopolítico que distingue TAYLOR —“local regional y global” (local, regional and global)—, todos los Estados, por más pequeños que fueran necesitarían un código geopolítico local que evaluara los intereses y amenazas de los Estados vecinos; los códigos de nivel regional son necesarios “para los Estados que aspiran a proyectar su potencia más allá de sus vecinos más inmediatos” (TAYLOR, 1988, 62); mientras que sólo unos pocos —potencias de mayor rango— tendrían códigos globales que evaluaran todos los espacios del planeta. Esta multiplicidad de niveles de un código provocaría que un mismo suceso —como, por ejemplo, una guerra— respondiese a más de una lógica en su desarrollo.

En cambio, al hablar de modelos geopolíticos se está haciendo referencia al “razonamiento geopolítico formal, donde las ideas prácticas se organizan en teorías en los escritos geopolíticos académicos” (TAYLOR, 1988, 23). Algunos de estos modelos son sumamente conocidos —piénsese en los de MACKINDER o SPYKMAN—, y otros menos, ya sea por su alcance regional y no planetario o por la escasa influencia del contexto donde se generan. Se trata, en todo caso, de una producción intelectual en el campo de la Geopolítica.

Códigos y modelos no están desvinculados en mundos aparte; aquellos que elaboran modelos querían que éstos se convirtiesen en códigos, es decir, pretenden influir en la política exterior de su país, como ya hemos señalado antes; del mismo modo que los códigos geopolíticos contribuyen a la generación de modelos formales<sup>18</sup>. Hay una interrelación, a veces silenciada<sup>19</sup>, pero que refleja el compromiso que, hablando en términos generales, vinculaba a los autores con sus Estados nacionales.

Por otro lado, la diferenciación entre códigos y modelos permite ampliar el campo habitual de las investigaciones geopolíticas; esto se hace especialmente evidente a partir de la consideración de la Geopolítica como “práctica discursiva” (TUATHAIL y AGNEW, 1992).

#### 4. GEOPOLITICA Y GEOESTRATEGIA

Como última precisión conceptual, se hace necesario distinguir entre dos términos, Geopolítica y Geoestrategia, que a menudo se confunden, por cuanto que sus límites o perfiles no están claros; así, sus significados se entremezclan en las obras de algunos autores, especialmente franceses. En este

sentido, uno de los usos más extendidos en la actualidad del vocablo Geoestrategia es el que alude al estudio de la confrontaciones entre Estados; así, para CLAVAL, la Geoestrategia “global”

“establece la medida del poder que cada nación debe a su configuración, a sus límites continentales y marítimos y al control que se ejerce externamente a través de sus bases navales o sus colonias” (1984, 11).

Sería entonces una especialidad de la Geografía Política que, desde luego, recuerda mucho a la Geopolítica, tal como la hemos definido antes.

El origen del equívoco se encuentra muy probablemente en el empleo que hace COHEN (1964) de los términos “región estratégica” y “región geopolítica”, aludiendo el primero al reparto global del planeta, ya que “la estrategia actual sólo puede expresarse en términos globales”, mientras que el segundo, en cuanto subdivisión de la anterior, “expresa la unidad de características geográficas” (COHEN, 1964, 62). Este uso particular se recoge en el proceso de recuperación de la Geografía Política, quizás a fin de evitar los problemas del uso del término Geopolítica, hablándose de este modo sobre “las investigaciones geoestratégicas de Sir Halford MACKINDER” o de “el resurgimiento de los estudios geoestratégicos” (EDITORIAL BOARD, 1982, 9). Entendemos, en cualquier caso, que este uso equívoco de los términos Geopolítica y Geoestrategia no beneficia en nada la claridad expositiva ni el desarrollo de las relaciones y correspondencias entre investigaciones.

El origen del término Geoestrategia es relativamente reciente<sup>20</sup>, y está vinculado a la Geopolitik alemana. En su acepción original estudia las relaciones entre Estrategia y Geografía (CELERIER, 1955, 64); en otras palabras, estudia la importancia de los factores geográficos en la conducción de la guerra (FOUCHER, 1986, 12), y creemos, como otros, en la necesidad de conservar ese sentido al término. Entendiendo, así, que

“la Geoestrategia no es entonces una ciencia social, sino una práctica concreta en los lugares que son analizados como teatros de operación, reales o eventuales. La Geoestrategia afronta las configuraciones espaciales con arreglo a la guerra y a la defensa” (FOUCHER, 1986, 13);

frente a la Geopolítica, que es ante todo un método de análisis, un método de indagación científica.

### III. UNA GEOPOLITICA CRITICA

Desde los años setenta la Geopolítica ha ido resurgiendo en el campo de la ciencia social (HEP-

<sup>18</sup> Resulta interesante, por ejemplo, ver la conexión existente entre la familia de códigos de la “contención” (GADDIS, 1982) que se elaboran a partir de los textos del diplomático norteamericano destacado en Moscú George KENNAN (1947) y el modelo geopolítico de COHEN (1964).

<sup>19</sup> KENNAN, por ejemplo, nunca reconoció explícitamente su deuda intelectual —creemos que evidente— con el modelo geopolítico elaborado por SPYKMAN (1942).

<sup>20</sup> Ya señalaba CELERIER que “la palabra es relativamente nueva y todavía poco corriente” (1955, 64).

PLE, 1986), cual ave fénix, de sus cenizas, tanto como término, que ha dejado de ser tabú, al igual que como área de investigación, que pierde su carácter vergonzante.

Dos corrientes se pueden distinguir, grosso modo, en ese resurgimiento: una, estrechamente vinculada con las prácticas tradicionales de la "política de poder" (DALBY, 1990a), a la que ya hemos hecho referencia y sobre la que no vamos a profundizar aquí; y otra, que se pretende radical — e incluso, a veces, revolucionaria—, que no constituye, ni mucho menos, una disciplina unificada, pero que puede proporcionar las bases suficientes para conformar esa Geopolítica crítica<sup>21</sup> que algunos pretendemos, ya que entendemos que determinados enfoques no son excluyentes, sino complementarios. Esto no quiere decir que nos decantemos por un cómodo —y a veces imposible<sup>22</sup>— eclecticismo, sino que lo que pretendemos es evitar cualquier reduccionismo, que tendría irreparables consecuencias para las estrategias —las prácticas— derivadas de nuestro análisis.

Por otra parte, es necesario señalar que esta renovación de la Geopolítica, en cualquiera de sus versiones, no supone una ruptura total con la anterior; existen rupturas, pero también continuidades, éstas predominan en la nueva Geopolítica conservadora, mientras que las primeras abundan en la Geopolítica crítica. No nos encontramos, entonces, ante una nueva disciplina, antes bien, mediante la renovación, se continúa extendiendo la tradición geopolítica moderna; y es importante resaltar que, incluso en el caso de la Geopolítica crítica, hay una continuidad de esta tradición, que es asumida, aunque al hacerlo se muestran sus limitaciones con el fin de superarlas.

Entre los varios enfoques no conservadores de la Geopolítica que han surgido recientemente vamos a detenernos, con mayor insistencia, en los tres que consideramos fundamentales en la nueva conformación de la Geopolítica: el de la economía política, en especial el análisis de sistemas-mundiales; el de las relaciones de poder, y el cultural humanista.

## 1. LA ECONOMIA POLITICA Y EL ANALISIS DE SISTEMAS MUNDIALES

Diversos autores introducen la Economía Política en la explicación geopolítica como elemento

constitutivo fundamental de la misma; incorporación que no va a ser una excepción en el panorama global de la Geografía Humana (PEET y THRIFT, 1989). En la mayor parte de los casos, este hecho es consecuencia de la adopción de perspectivas analíticas marxistas o neomarxistas por parte de los autores. De diversos modos, consideran que los procesos de producción y distribución de las mercancías afectan directamente las relaciones geográficas externas de los Estados<sup>23</sup>, y, por otro lado, todos nos recuerdan que el "mundo" ya no puede seguir siendo explicado sólo en términos de Estados-naciones, ni de sus economías "nacionales".

De este modo, HARVEY manifiesta abiertamente que la realización de "la geografía histórica del capitalismo ha de ser el objeto de nuestra teorización, y el materialismo histórico-geográfico el método de investigación" (1985, 144). De ello deduce una "geopolítica del capitalismo", o mejor, como él mismo expresa, "las consecuencias geopolíticas de vivir bajo un modo de producción capitalista" (1985, 128). En otras palabras, las estructuras geopolíticas hunden sus raíces en la forma y condiciones en las que se realiza la producción de bienes —en el caso del capitalismo, mercancías—, que es históricamente variable. No existe, entonces, un espacio —o un tiempo— absoluto; desde esta perspectiva

"cada formación social construye concepciones objetivas del espacio y del tiempo suficientes para sus propias necesidades y propósitos de reproducción material y social, y organiza sus prácticas materiales de acuerdo con estas concepciones" (HARVEY, 1990, 419).

Y es importante subrayar que no se está hablando de percepciones subjetivas cambiantes de una realidad que pudiese estar por encima de las relaciones sociales, sino de la construcción de "concepciones objetivas", de estructuras espaciales —y temporales— específicas de cada formación social.

Pero, sin duda, el autor que más influencia ha tenido en los últimos años en la renovación desde un punto de vista económico-político de la Geopolítica —y de la Geografía Política en general— ha sido Peter TAYLOR que, descontento con los enfoques neopositivistas imperantes, ha reclamado una reorientación de la disciplina (1981, 157) hacia el análisis de sistemas-mundiales (world-systems analysis), que define como

<sup>21</sup> Esta expresión —critical geopolitics— ha sido acuñada por DALBY (1990a, 1990b), así como por TUATHAIL (1988). Alude con suficiente precisión a las características de una renovada Geopolítica no conservadora, y al mismo tiempo permite la necesaria libertad de razonamiento a cada autor, ya que, como se verá más adelante, la utilizaremos en un sentido ligeramente diferente al de los citados.

<sup>22</sup> Nos referimos a intentos como el de YOUNG (1987), donde, a nuestro juicio, se parte de un malentendido fundamental so-

bre la legitimidad epistemológica del realismo estructural americano —o neorealismo— y de la Geopolítica radical francesa, que no son idénticos, sino decididamente diferentes: la Geopolítica radical de LACOSTE pretende ser un saber liberador; el realismo estructural no.

<sup>23</sup> No se trata, ni mucho menos, de convertir la Geografía en un tipo especial de Economía; ni tampoco de una "revolución" como la de los años cincuenta que introduce al homo economicus en el centro de otra "nueva geografía".

“un enfoque materialista del estudio del cambio social desarrollado por Immanuel WALLERSTEIN. Este enfoque se elabora a partir de tres tradiciones de investigación: el estudio de la dependencia, la escuela de los Annales y la teoría y práctica marxista” (TAYLOR, 1986, 527).

Considera que “ofrece una oportunidad a los geógrafos políticos para volver al análisis de escala global sin tener que rendir ningún homenaje a MACKINDER” (TAYLOR, 1981, 165); pudiendo así estudiar, además, el conflicto que se ha venido en llamar Norte contra Sur, y no sólo el pretendido enfrentamiento entre la potencia continental y la potencia marítima —Este contra Oeste—, como hacía el británico.

Precisamente, lo más importante de este enfoque —al menos, en lo tocante a la Geopolítica— reside en la posibilidad de renovar radicalmente la subdisciplina, en plantear de otro modo los fundamentos de la misma. Pero no se trata de sustituir en la explicación de la génesis del cambio social histórico un conflicto por otro, sino que la Geopolítica “no se puede entender completamente sin considerar las dinámicas de la economía global, ya sea en términos de relaciones Este-Oeste o Norte-Sur” (SMITH, 1986, 179). De este modo, la localización del territorio o sus características ambientales dejan de ser los factores que condicionan —o, para algunos, incluso determinan— la política exterior de los Estados, como pretendían los seguidores de la Geopolítica clásica.

En la Geografía Política que desarrolla TAYLOR, se contempla el mundo como un sistema espacial de centros, periferias y semiperiferias, estrechamente interrelacionados entre sí, que cambian al ritmo de los ciclos de auge y crisis a los que está sometida la economía capitalista. Se distinguen tres escalas de análisis: la economía-mundo, que es el ámbito de la realidad; la localidad, que es el ámbito de la experiencia, y el Estado-nación, instancia misticadora, ámbito de la ideología. La escala decisiva en el análisis es la de la economía-mundo, y no ya la estatal, que era la que primaba en la Geopolítica anterior. Esta elección de escala se debe a dos factores, en primer lugar,

“aceptar tales unidades espaciales [los Estados] como dadas y entonces basar la teoría y el análisis sobre ellos es tomar partido, ser parcial en los hallazgos a favor de aquellos grupos a los que mejor sirve la actual organización espacial” (TAYLOR, 1981, 159),

y, además, los Estados no se pueden comparar como si fueran entidades separadas, ya que así se “eluden o ignoran las interacciones, que tienen un carácter básico, entre Estados” (TAYLOR, 1981, 160).

Las críticas que se han hecho al modelo geopolítico de TAYLOR son numerosas. Desde perspectivas tradicionales se ha llegado a discutir su “parcialidad ideológica” (COHEN, 1983), mientras que desde posiciones radicales su “heterodoxia” es descalificada (HARVEY, 1987; CORBRIDGE, 1986). Tienen mayor importancia, para nuestros objetivos, las críticas desde posiciones radicales; las más relevantes, desde nuestro punto de vista, tienen que ver con el papel de los Estados en el sistema-mundial y, más específicamente, con la importancia de lo económico en dicho sistema.

Desde un punto de vista general, se apunta que la autonomía de los Estados no ha sido completamente suprimida en el actual sistema mundial:

“los verdaderos cambios en la economía mundial capitalista que en un sentido han erosionado la soberanía nacional, en otros ámbitos han alentado y hecho posible la planificación económica nacional, así como ofensivas económicas y políticas nacionales” (CORBRIDGE, 1989, 343).

Creemos que en la medida que consideremos la existencia de una realidad cambiante, que no “congelada”, en equilibrio más o menos permanente, es importante tener en cuenta esta crítica. Los procesos no se desarrollan linealmente, sino de forma contradictoria, engendrando permanentemente su antítesis; por eso el proceso de desarrollo de una economía-mundo capitalista no significa la desaparición de los Estados, sino que, por el contrario, el sistema de Estados es consubstancial a la misma. Desde luego, la crítica de CORBRIDGE va más allá, y señala que no se puede hacer abstracción del papel de los Estados en la economía, por más que ésta sea cada vez más global; pero creemos que no invalida las bases fundamentales sobre las que se puede desarrollar la “perspectiva geográfico-política de la economía-mundo”<sup>24</sup>, que pretende TAYLOR (1985, 28).

El segundo conjunto de críticas hace referencia también al papel del Estado, y repara esta vez en una interpretación economicista por parte de TAYLOR y WALLERSTEIN:

“Al centrarse sobre la escala internacional y al tomar las fuerzas económicas como determinantes de las relaciones entre Estados hay, sin embargo, una tendencia a relegar los procesos políticos y culturales que se producen a escala estatal como si estuvieran relacionados causalmente con las fuerzas económicas, cuando de hecho pueden desempeñar un papel importante e independiente en el modelado de las relaciones internacionales” (SMITH, 1986, 180).

No cabe duda de que, cuando menos, la acusación es reflejo de un peligro latente en el análisis de los sistemas-mundo. En la medida que se intenta in-

<sup>24</sup> Para TAYLOR, en consonancia con el proyecto de WALLERSTEIN, la Geografía Política no es una disciplina o subdisciplina particular, sino que, según él, es sólo una pers-

pectiva dentro de una sola Ciencia Social; pero que permite arrojar luz sobre problemas que, analizados desde otras perspectivas, no se considerarían claramente.

vestigar la dinámica global de la economía-mundo, se pasa a un segundo plano, conscientemente o no, el papel de otras fuerzas, de otros procesos en el desarrollo de la dinámica geopolítica. Por ello, nos parece sumamente oportuna la crítica, y, por tanto, entendemos que el desarrollo de una Geopolítica crítica no puede anclarse sólo en la Economía Política.

## 2. LA GEOGRAFIA DEL PODER

Junto a las Geopolíticas que han construido su argumentación principalmente en torno a la Economía Política, se hacen oír también desde los setenta aquellos que creen que "se ha hecho poco caso de las dimensiones espaciales de los actos de poder" (CLAVAL, 1978 [1982, 2<sup>25</sup>]). La reflexión sobre las relaciones entre espacio y poder nace con los estudios de WESTLY y MACLEAN sobre la información y la comunicación (CLAVAL, 1978); pero, indudablemente, serán los trabajos de FOUCAULT, sobre todo en el caso de la propuesta de geografía del poder de RAFFESTIN (1980), los que pongan sobre el tapete la posibilidad de realizar un análisis espacial de las relaciones de poder. En última instancia, esta aproximación a la Geografía entroncaría con una perspectiva más amplia dentro de las Ciencias Sociales, que pretende continuar determinados aspectos de la obra de NIETZSCHE.

Estos geógrafos entienden que el poder es algo que circula, que aparece en todas las relaciones sociales como elemento constitutivo de las mismas:

"En toda relación circula el poder, que no es ni poseído ni adquirido, sino pura y simplemente ejercido (...) por actores provenientes de [la] población (...) Estos producen el territorio partiendo de esta realidad primera dada que es el espacio" (RAFFESTIN, 1980, 3).

De este modo, las relaciones espaciales son en última instancia relaciones de poder, y éstas constituyen la "problemática" objeto de estudio por una Geografía Política que no quiera seguir los pasos "totalitarios" de la versión clásica de la disciplina. La relación es el momento clave para el análisis del poder, debido a que éste se enmascara, se oculta, no es fácilmente aprehensible, ni, por supuesto, cuantificable; pero "el poder se manifiesta con ocasión de la relación, proceso de cambio o de comunicación, cuando, en la relación que se establece, se enfrentan o se unen los dos polos" (RAFFESTIN, 1980, 45), a partir de lo que se crean "campos" de poder, que ya se pueden analizar.

Dos son los geógrafos cuya obra ha descollado, a la hora de plantear inicialmente, así como de desarrollar con posterioridad, esta perspectiva de la

Geografía del poder: Paul CLAVAL y Claude RAFFESTIN. Ambos consideran, como acabamos de señalar, que la Geografía Política debe centrarse en lo político, en las relaciones de poder; los dos parten de la base de que estas relaciones no se pueden reducir, de ningún modo, al ámbito de lo estatal; pero el valor de las aportaciones de uno y otro, en relación con la posibilidad de una Geopolítica crítica, es muy diferente.

Para RAFFESTIN, la Geografía Política,

"en tanto que reveladora del poder, puede contribuir a poner en cuestión este proceso de hacer naturales (...) los fenómenos de dominación que se presentan como necesarios para la supervivencia del grupo (...) y contribuir a poner en evidencia su carácter no necesario" (1980, 245).

Es decir, que pretende constituirse en conocimiento liberador y, en esa medida, se puede situar en el ámbito de la ciencia social crítica.

Pero diferente es el caso de CLAVAL. Las conclusiones que extrae de uno de sus bien argumentados e interesantes trabajos son una muestra de "realismo" político, que no deja lugar a dudas sobre su aceptación, sin ambages a veces, y más matizada en otras ocasiones, del orden político-social-económico existente:

"Cuando se es consciente de la fricción de la distancia, de la dificultad de establecer comunicaciones y de obtener el acuerdo de las conciencias en un espacio extenso, el problema cambia de naturaleza: no es ya del bien o del mal, el del cambio total o del estancamiento indefinido; no hay solución perfecta en un universo imperfecto: o bien los hombres continuarán sacrificando la organización de la sociedad por la búsqueda de un ideal imposible, o bien aceptarán, por el interés de todos, el juego de una autoridad sin la cual no hay construcción política viable" (1978 [1982, 231]).

Para CLAVAL, es clara la necesidad del Leviatán estatal para asegurar la viabilidad de una arquitectura social compleja, y la misión de la Geografía Política entonces no podría ser otra que, en primer lugar, mostrar a los hombres esa necesidad y, en consecuencia, hacer aceptar a los "idealistas" esa "realidad", a fin de que no continúen "sacrificando la organización de la sociedad" por alcanzar una utopía; o lo que es lo mismo, convencer a aquellos que se oponen al orden social existente que no intenten superarlo, porque en una sociedad tan "numerosa" la defensa del individuo implica la autoridad.

En cualquier caso, no podemos dejar caer en saco roto los problemas que señala CLAVAL respecto de los proyectos sociales liberadores; hoy en día es más cierta que nunca su afirmación de que "las ideologías igualitaristas están llenas de contra-

<sup>25</sup> Pero existe un buen número de partidarios de reconstruir la Geografía Política sobre esta nueva base: es el caso de Gra-

ham E. SMITH (1985) o de Joan-Eugeni SANCHEZ (1981), entre otros muchos.

dicciones, cuya importancia se comienza a medir” (1978 [1982, 229]). La desaparición de modelos errados debe hacernos reflexionar profundamente sobre las alternativas.

Pero el mayor interés de una Geopolítica basada sobre este tipo de análisis espacial del poder, reside, según CLAVAL, “en las posibilidades que presenta para disponer la mayor parte de los enfoques previos en un cuerpo deconocimiento” (1984, 21). Tal posibilidad sólo existiría si todos los hechos sociales se pudiesen reducir a hechos de poder, pretensión que, en nuestra opinión, resulta tan descabellada como intentar reducir la complejidad de los hechos relativos a la cultura, la ideología o a los aparatos estatales a un mero reflejo de una “estructura” económica. No obstante, es el mismo CLAVAL el que afirma la utilidad de “las explicaciones económicas”, aunque no puedan abarcar todas las situaciones que presenta la vida política en la actualidad. De este modo, la explicación política se complementaría con la explicación económica, y la Geopolítica puede así continuar incorporando el análisis de los elementos que constituyan la esencia de su enfoque tradicional sobre una nueva base, ya que

“poder, autoridad e influencia son aspectos consubstanciales con toda la vida social dentro de una área definida: se derivan de la desigual distribución de los recursos, de la existencia de posiciones estratégicas, de las ventajas que otorga el transporte y los servicios de comunicación y todo tipo de intercambios” (1984, 21).

Por otro lado, es fundamental para la Geopolítica el hecho de poder reconsiderar las relaciones políticas como relaciones de poder<sup>26</sup>, que van más allá de las relaciones constituidas en torno al Estado. Así pues, la Geopolítica puede trascender en su enfoque el Estado y constituirse en disciplina demistificadora, liberadora; lo que no resulta una ilusión, a pesar de las advertencias de RAFFESTIN (1980, 179), cuando señala el discurso geopolítico como discurso totalitario; creemos que se trata de incorporar al análisis las perspectivas de otros actores, además de los estatales, para cambiar la unidimensionalidad del discurso tradicional.

### 3. LA GEOGRAFIA POLITICA HUMANISTICA

La tercera corriente relevante para una Geopolítica crítica proviene, a nuestro juicio, del campo de la geografía humanística —que no humanista—; sus practicantes buscan, según LEY y SAMUELS “reconciliar la ciencia social y el hombre, acomodar comprensión y juicio, objetividad y subjetividad, y materialismo e idealismo” (cit. en BRUNN y YA-

NARELLA, 1987, 7). En otras palabras, consideran al individuo como parte integrante fundamental de la explicación en Ciencias Sociales, y aunque no rechazan, ni mucho menos, la existencia de estructuras subyacentes, pretenden realizar una ciencia social antropocéntrica, es decir, que en la misma la acción y la conciencia humana desempeñan un papel activo y central.

En una de las propuestas más elaboradas para el desarrollo de una Geografía Política humanística, BRUNN y YANARELLA la definen como aquella que se ocupa de

“poner de manifiesto los procesos sociales dinámicos por medio de los que las dimensiones espaciales del mundo social y natural son organizadas y reorganizadas en campos geográficamente delimitados y simbólicamente significativos por grupos nacionales y transnacionales” (1987, 8).

El procedimiento que se propone para esta tarea pone el énfasis en las dimensiones fenomenológicas y experienciales de la realidad social. Se tratan de forma especial los problemas de las ideologías territoriales, o si se prefiere, el significado del territorio para los actores políticos, y conceptos como los de “sentido del lugar”, “territorialidad” o “nacionalismo territorial” se constituyen en los ejes básicos del análisis. Por tanto, los problemas de percepción del territorio constituyen una de las columnas de la geografía humanística, pero junto a ellos aparece la preocupación por el modo en el que se ha construido socialmente el espacio, que no se puede considerar como una estructura previa determinante.

Una aproximación cultural humanística a la Geopolítica tiene un gran interés, ya que nos permite vincular la sociedad civil, y en última instancia el individuo, con el Estado, pero no de arriba abajo, es decir, como súbditos o ciudadanos de este último, sino en sentido contrario, como constructores de esa entidad espacial. Este tipo de enfoque examina “la base sobre la que el Estado se funda y organiza, y a través de la cual justifica sus acciones territoriales, tanto doméstica como globalmente” (SMITH, 1986, 179). Mediante este análisis se logran, al menos, dos objetivos. En primer lugar, se muestra el carácter contingente del Estado, de cualquier Estado, y del Estado como institución. En segundo término, se vinculan las estructuras interestatales con la acción del ser humano, lo que ayuda a dejar de entender lo internacional como escenario exclusivo de las instituciones estatales. En definitiva, pensamos que el enfoque cultural humanístico es el complemento necesario de los otros dos enfoques, y que nos permitirá vincular acción y estructura en el análisis geopolítico.

<sup>26</sup> CLAVAL entiende que “cualquier relación se puede definir como política cuando el poder se pone en juego y se impone a todo el grupo otorgándole unidad y eficiencia” (1984, 19).

#### 4. LAS DIFICULTADES DE CONCILIAR ACCION Y ESTRUCTURA

Ya hemos mencionado antes que la expresión “Geopolítica crítica” fue acuñada por TUATHAIL y por DALBY. Este último se propuso el desarrollo de una “teoría crítica de la Geopolítica”, que definió como

“la investigación de cómo un conjunto particular de prácticas llega a ser dominante y excluye otro conjunto de prácticas. En donde el discurso convencional acepta las circunstancias actuales como dadas, ‘naturalizadas’, una teoría crítica se plantea preguntas sobre cómo han llegado a ser tal cual son” (1990a, 28).

Se trata, para DALBY, de superar el enfoque “realista” de la política del poder, tanto como las “toscas interpretaciones de los asuntos internacionales”, es decir, desecha como punto de partida las bases de varias de las aproximaciones más importantes al análisis de las relaciones internacionales. Encuentra la salida a este embrollo en la investigación de la “dimensión ideológica”, pero no sólo en términos de percepciones, sino fundamentalmente estudiando cómo los actores desempeñan y entienden sus papeles. En este sentido, ha intentado volver a conceptualizar la Geopolítica como “discurso”; en efecto.

“el análisis centra, así, la atención sobre cómo estos discursos se usan en política; y se enfoca en las ‘prácticas discursivas’, o, en otras palabras, en cómo se construye y usa el discurso” (DALBY, 1990a, 40).

Compartimos la idea sobre la necesidad de superar los enfoques que reducen la explicación — aunque sólo sea “en última instancia”— a factores políticos o económicos; pero entendemos, fundamentalmente, que la posición de DALBY puede desembocar en un reduccionismo de otro tipo; ya que, aunque el discurso constituya relaciones de poder y se vaya conformando en las mismas, antes y después del discurso existen otras prácticas relevantes en la organización de estructuras espaciales, sin cuya comprensión no podemos entenderlas. Como señala con precisión LEFEBVRE,

“el espacio ha sido producido antes de ser leído —y no ha sido producido para ser leído y conocido, sino para ser vivido por gente que tiene un cuerpo y una vida (...)—. En otras palabras, la lectura viene después de la producción” (1974, 168).

Es decir, que las estructuras espaciales se producen históricamente con el objetivo de dar un cauce determinado a las personas, de conducir sus cuerpos y sus vidas. En este sentido, es irrelevante si este encauzamiento responde a una necesidad ob-

jetiva en el terreno de lo político o de lo económico; lo importante es entender que la estructura espacial es una estructura de dominación —en el sentido de GIDDENS<sup>27</sup>—, tanto política como económica. En el proceso de producción de estas estructuras, es necesario establecer su legitimación —a través fundamentalmente de un sistema de sanciones, que maneja normas de carácter moral— y adquieren una significación precisa en el sistema de comunicación; pero no son producidas pensando en el sistema comunicativo, aunque el elemento simbólico constituye parte integrante fundamental sin el que no se puede explicar el sistema completo.

A fin de comprender el espacio global, planetario, también como “producto social” hay que superar las dos disimulaciones que señalaba LEFEBVRE (1974): la “ilusión de la transparencia” y “la ilusión realista”, es decir, la creencia en la explicación simbólica o en la materialista, exclusiva y excluyentemente. Una aproximación más holística a la Geopolítica crítica parece ser necesaria entonces, y en este sentido el enfoque que propone TUATHAIL (1986) puede ser de suma utilidad; para él es necesaria

“una concepción diferente de la realidad social, una concepción que no sólo reconozca la unidad última de lo que denominamos ‘político’ y ‘económico’, sino que reconozca que esta unidad se expresa y adquiere significado en diferentes prácticas humanas (...) El concepto de una ‘cultura’ (en su significado más amplio, extenso, no estrecho) de la Geopolítica es una posición ontológica mucho más sólida porque no reifica ni lo ‘económico’ ni lo ‘político’, sino que postula una relación dialéctica (interconectada) entre los dos [ámbitos] dentro de un contexto histórico de prácticas significantes” (1986, 83).

La conexión de los diferentes sistemas y estructuras, que se pueden distinguir en el análisis, se realiza en la práctica humana histórica concreta; es decir, que la realidad es compleja y no es reducible a uno de sus componentes.

Hay un problema que debemos considerar en estos momentos. ¿Cómo y sobre qué base se genera este espacio producto social? En otras palabras, debemos considerar la existencia o no de un espacio absoluto, previo a las estructuras espaciales que son producto de las acciones humanas, e irreducible a las mismas, como ocurría en las “metafísicas” oposiciones de potencias terrestres y marítimas que planteaban las Geopolíticas clásicas.

La cuestión surge con fuerza en el momento de la renovación crítica de la Geopolítica a resultas de la consideración de que el espacio es un producto social. Al entenderlo como algo que se produce,

<sup>27</sup> GIDDENS propone incluir el concepto marxista de “explotación” dentro de otro que considera más genérico, el de “dominación”, que entiende como “el dominio que los actores tienen sobre otros y sobre el mundo material que habitan”

(1981, 50). La estructura de “dominación” incluiría tanto el ámbito político como económico, que si bien se pueden distinguir analíticamente, no son separables estructuralmente.

el proceso de producción ha de partir de alguna "materia prima", que no puede ser otra que "la naturaleza" (LEFEBVRE, 1974); podría parecer entonces que cabría la posibilidad de distinguir entre un espacio "natural", preexistente, y un espacio "social", resultante, eso sí, de un proceso de producción mucho más complejo que el de cualquier otra mercancía, en el que interviene no sólo lo económico, la técnica, sino también lo político, la estrategia; espacio social, que es más que una relación social o una superestructura, que se manifiesta polivalente:

"Este medio de producción, producto en cuanto tal, no se puede separar ni de las fuerzas productivas, de las técnicas y del saber, ni de la división del trabajo social, que le da forma, ni de la naturaleza, ni del Estado y las superestructuras" (LEFEBVRE, 1974, 102).

En otras palabras, no tiene ningún sentido pensar en procesos puramente espaciales, que puedan preceder, influir, o incluso determinar, los procesos sociales que se desarrollarían sobre ellos; no tiene ningún sentido esta forma de separar lo social de lo espacial. Pero, por otro lado, "la geografía también importa" (MASSEY, 1984), las estructuras espaciales no son únicamente el resultado de procesos sociales particulares; ésta sería otra forma de separar lo social y lo espacial.

Los procesos sociales no se producen en un mundo indiferenciado físicamente, sin variaciones climáticas, de vegetación, de relieve, etc.; peculiaridades cuyo uso, impacto o significado será determinado, a su vez, por procesos económicos, políticos, culturales, etc.; es decir, que no se pueden entender los unos sin los otros, pero ninguno predetermina o resulta de otro, por cuanto son simplemente partes inseparables constitutivas de la realidad, aunque en ocasiones el analista científico las disecciona. No puede existir una Geopolítica de oposiciones metafísicas determinadas por la configuración del planeta, pero no se puede olvidar que la distancia o el medio físico son elementos constitutivos de la realidad global que es objeto de la Geopolítica.

#### **IV. CONCLUSIONES: ELEMENTOS PARA DEFINIR Y DESARROLLAR UNA GEOPOLITICA CRITICA**

Dentro de las Ciencias Sociales, la Geografía Política se ha ido constituyendo como una perspectiva analítica plenamente diferenciada; se trata de una disciplina intermedia —tal y como la hemos definido más arriba—, que se encuentra a caballo de, al menos, la Geografía y la Ciencia Política.

La Geopolítica es un subcampo dentro de la Geografía Política que cuenta con una tradición re-

conocida, y que responde a una interpretación de las relaciones espaciales externas de los Estados. En su formulación tradicional se ha encaminado, de forma especial, al diseño de geoestrategias de acción de los Estados.

La Geopolítica crítica se ocuparía de analizar los modos cambiantes de producción y reproducción del espacio planetario (la economía-mundo y el sistema de Estados); a tal fin, estudia prácticas humanas históricas concretas en las que están interconectados elementos económicos, políticos, simbólicos e institucionales, que no son reducibles unos a otros.

Esta Geopolítica crítica, entonces, ha de reconciliar el estudio de las estructuras con el de la acción del individuo. Trascender esa dicotomía es necesario para ir más allá en el análisis geopolítico: si en él se pueden distinguir estructuras, hay que reafirmar que son producto de la acción humana.

Una Geopolítica crítica es, también, un análisis decididamente histórico de los discursos y las prácticas de los Estados. Teniendo en cuenta que el propio sistema de Estados es una realidad institucional histórica que se corresponde con la "economía-mundo capitalista" y está ligada a las estructuras de coerción social, deconstruir ese discurso no es una práctica erudita, sino una práctica liberadora.

Es evidente que el estudio del sistema de Estados es uno de los vínculos existentes entre la Geopolítica tradicional y la crítica, pero la forma de afrontar su análisis es radicalmente diferente: la primera da por supuesto el sistema de Estados, entiende que es una realidad "eterna" y "natural", comprometiéndose de esta forma —quíéralo o no— con el mantenimiento del statu quo, con la preservación del orden existente; por el contrario, la segunda no puede menos que mostrar la contingencia histórica de ese sistema de Estados, planteando así la posibilidad liberadora real de su superación.

La reflexión espacial sobre las relaciones de poder no se puede limitar —como ocurría en la Geopolítica tradicional— a las existentes entre los Estados; olvidaría entonces los innumerables flujos que ocurren al margen; operaría de forma reduccionista limitando "lo político" a "lo estatal".

La Geopolítica crítica hace hincapié asimismo en la microescala de análisis (la que se ocupa del planeta entero), como era el caso en la tradicional. Pero esto no puede significar el abandono de otras escalas, a riesgo de caer en un determinismo geográfico.

En suma, entendemos que la Geopolítica crítica es un instrumento valioso para la superación del actual orden de cosas, que se muestra especialmente "inhumano". Por ello, como advertía GIDDENS, "¡No deberíamos ceder la tradición a los conservadores!" (1979, 7).

## BIBLIOGRAFIA

- APPLETON, John B. (1947): "Geographic research and world affairs", *Yearbook of the Association of Pacific Coast Geographers*, 9, pp.3-7.
- BALCHIN, W. G. V. (1987): "United Kingdom geographers in the Second World War", *Geographical Journal*, 153, pp.159-180.
- BEY, Brian J. L. (1969): "Review of International Regions and the International System, by B. M. Russe", *Geographical Review*, 59, pp.450-451.
- BLOUET, Brian W. (1975): *Sir Halford Mackinder 1861-1947: some new perspectives*, Oxford, Oxford School of Geography [Research Paper 13].
- BOWMAN, Isaiah (1942): "Geography vs. Geopolitics", *Geographical Review*, 32, pp.646-658.
- BRUNN, Stanley D., y YANARELLA, Ernest J. (1987): "Towards a humanistic political geography", *Studies in Comparative International Development*, 22, pp.3-49.
- BRZEZINSKI, Zbigniew (1986): *Game plan: a geostrategic framework for the conduct of the US-Soviet contest*, Nueva York, Atlantic Monthly Press [trad. al castellano por A. TISCORNIA: *El juego estratégico. La conducción de la contienda entre los Estados Unidos y la Unión Soviética*, Buenos Aires, Planeta, 1988].
- CAIRO CAROU, Heriberto (1988): "Geopolítica", en R. REYES (dir.): *Terminología científico-social. Aproximación crítica*, Barcelona, Anthropos, pp.434-438.
- CAPEL SAEZ, Horacio (1981): *Filosofía y ciencia en la Geografía contemporánea. Una introducción a la Geografía*, Barcelona, Barcanova.
- \_\_\_\_\_ (1984): *Geografía Humana y Ciencias Sociales: una perspectiva histórica*, Barcelona, Montesinos.
- CELERIER, Pierre (1955): *Géopolitique et Géostratégie*, París, P.U.F.
- CHILD, Jack (1979): "Geopolitical thinking in Latin America", *Latin American Research Review*, 14, pp.89-111.
- \_\_\_\_\_ (1985): *Geopolitics and conflict in South America: Quarrels among neighbors*, Nueva York, Praeger.
- CLAVAL, Paul (1978): *Espace et pouvoir*, París, P.U.F. [trad. al castellano por H. MARTINEZ MOC-TEZUMA, *Espacio y poder*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1982].
- \_\_\_\_\_ (1984): "The coherence of political geography: perspectives on its past evolution and its future relevance", en P. TAYLOR y J. HOUSE (eds.): *Political geography: Recent advances and future directions*, Londres, Croom Helm, pp.8-24.
- COHEN, Saul B. (1964): *Geography and politics in a divided world*, Londres, Methuen [trad. al castellano de la 2ª ed. por R. ESPAÑOL IGLESIAS, *Geografía y política en un mundo dividido*, Madrid, Ejército, 1980].
- \_\_\_\_\_ (1983): "Theory and traditional political geography", en N. KLIOT y S. WATERMAN, eds.: *Pluralism and political geography: People, territory and state*, Londres, Croom Helm, pp.19-23.
- CORBRIDGE, Stuart (1986): *Capitalist world development: A critique of radical development geography*, Londres, Macmillan.
- \_\_\_\_\_ (1989): "Debt, the nation-state and theories of the world economy", en D. GREGORY y R. WALFORD, eds.: *Horizons in human geography*, Londres, Macmillan, pp.341-360.
- DALBY, Simon (1990a): *Creating the Second Cold War: The discourse of politics*, Londres, Pinter.
- \_\_\_\_\_ (1990b): "American security discourse and Geopolitics", *Political Geography Quarterly*, 9, pp.171-188.
- De BLIJ, Harm J. (1967): *Systematic political geography*, Nueva York, John Wiley & Sons.
- DIKSHIT, Ramesh Dua (1982): *Political geography: A contemporary perspective*, Nueva Delhi, Tata McGraw-Hill.
- DORPALEN, Andreas (1942): *Geopolitics in action: The world of general Haushofer*, Nueva York, Farrar & Rinehart [trad. al castellano por M. BRAVO DE CASANOVA: *Geopolítica en acción. El mundo del Gral. Haushofer*, Buenos Aires, Pleamar, 1982].
- EAST, W. Gordon, y MOODIE, A.E. (1956): "The World background", en W.G. EAST y A.E. MOODIE, eds.: *The changing World*, Londres, George G. Harrap, pp.1-36.
- EDITORIAL BOARD (1982): "Political geography: research agendas for the nineteen eighties", *Political Geography Quarterly*, 1, pp.1-17.
- FARINELLI, Franco (1983): "Alle origini della geografia politica «borgnese»", en C. RAFFESTIN (a cura di): *Geografia Politica: teorie per un progeo sociale*, Milán, Unicopli, pp.21-38.
- FOUCAULT, Michel (1975): *Surveiller et punir. Naissance de la prison*, París, Gallimard [trad. al castellano: *Vigilar y castigar*, México D.F., Siglo Veintiuno, 1976].
- \_\_\_\_\_ (1976): "Questions à Michel Foucault sur la géographie", *Hérodote*, 1, pp.71-85 [trad. al castellano, "Preguntas a Michel Foucault sobre la Geografía" en Michel FOUCAULT (edición y traducción de J. VARELA y F. ALVAREZ-URIA): *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1978, pp.111-124].
- FOUCHER, Michel (1986): *L'invention des frontières*, París, F.E.D.N.
- FURNISS, Edgar S., Jr. (1952): "The contribution of Nicholas John SPYKMAN to the study of international politics", *World Politics*, 4, pp.382-401.



- GADDIS, John Lewis (1982): *Strategies of containment: A critical appraisal of postwar American national security policy*, Nueva York, Oxford University Press [trad. al castellano, *Estrategias de la contención. Una evaluación crítica de la política de seguridad norteamericana de posguerra*, Buenos Aires, G. E. L., 1989].
- GIBLIN, Béatrice (1985): "Hérodote, une géographie géopolitique", *Cahiers de Géographie du Québec*, 29, pp.283-294.
- GIDDENS, Anthony (1979): *Central problems in social theory: Action, structure and contradiction in social analysis*, Londres, Macmillan, Berkeley, University of California Press.
- \_\_\_\_\_ (1981): *A contemporary critique of historical materialism. Vol. 1 Power, property and the state*, Londres, Macmillan.
- GOMANN, Jean (1952): *La politique des États et leur géographie*, París, Armand Colin.
- \_\_\_\_\_ (1973): *The significance of territory. Charlottesville (Virginia)*, University Press of Virginia.
- GRAY, Colin S. (1977): *The geopolitics of the nuclear era: Heartland, Rimlands, and the technological revolution*, Nueva York, Crane Russak.
- \_\_\_\_\_ (1988): *The geopolitics of super power*, Lexington (Kentucky), University Press of Kentucky.
- GYORGY, A. (1944): *Geopolitics - The new german science*, Berkeley, University of California Press.
- HARVEY, David (1985): "The Geopolitics of capitalism", en D. GREGORY y J. UY, eds.: *Social relations and spatial structures*, Londres, Macmillan, pp.128-163.
- \_\_\_\_\_ (1987): "The world systems theory trap", *Studies in Comparative International Development*, 22, pp.42-47.
- \_\_\_\_\_ (1990): "Between space and time: Reflections on the geographical imagination", *Annals of the Association of American Geographers*, 80, pp.418-434.
- HENNIG, R., y KÖRHOLZ, L. (1933): *Einführung in die Geopolitik, Leipzig/Berlin*. Teubner. [trad. al castellano de la 5ª ed. (1938) como *Introducción a la Geopolítica*, Buenos Aires, Pleamar, 1977].
- HEPPLER, L. W. (1986): "The revival of geopolitics", *Political Geography Quarterly*, 5, pp.21-36.
- HUDSON, Brian (1977): "The New Geography and the New Imperialism: 1870-1918", *Antipode*, 9, pp.12-19.
- INTERNATIONALE SITUATIONNISTE (1962): "Géopolitique de l'hibernation", *Internationale Situationniste*, 7 [trad. al castellano y edición por E. SUBIRATS: "Geopolítica de la invernación", en *Textos situacionistas. Crítica de la vida cotidiana*, Barcelona, Anagrama, 1973, pp.74-88].
- JACOBSEN, Hans-Adolf (1979): *Karl Haushofer. Leben und Werk (2 vols.)*, Boppard am Rhein, Harald Boldt Verlag.
- KASPERSON, Roger E., y MINGHI, Julian V., eds. (1969): *The structure of Political Geography*, Chicago, Aldine.
- KENNAN, George ['Mr X'] (1947): "The sources of Soviet conduct". *Foreign Affairs*, 25, pp.566-582.
- KNIGHT, David B. (1989): "The International Geographical Union Study Group on the World Political Map", *Political Geography Quarterly*, 8, pp.87-93.
- KORINMAN, Michel (1990): *Quand l'Allemagne pensait le monde. Grandeur et décadence d'une géopolitique*, París, Fayard.
- KRISTOF, L.K.D. (1960): "The origins and evolution of geopolitics", *Journal of Conflict Resolution*, 4, 1960, pp.15-51.
- LACOSTE, Yves (1976a): *La géographie, ça sert, d'abord, à faire la guerre*, París, F. Maspero [trad. al castellano por J. JORDA. *La geografía: un arma para la guerra*, Barcelona, Anagrama, 1977].
- \_\_\_\_\_ (1976b): "Enquête sur le bombardement des digues du fleuve Rouge (Vietnam, été 1972). Méthode d'analyse et réflexions d'ensemble". *Hérodote*, 1, pp.86-117 [trad. al castellano por I. PÉREZ-VILLANUEVA, en Nicolás ORTEGA (ed.) *Geografías, ideologías, estrategias espaciales*, Madrid, Dédalo, 1977].
- \_\_\_\_\_ (1985): "Géographie, géopolitique et relations internationales", *Relations internationales*, 41, pp.39-58.
- LAPONCE, Jean A. (1983): "Science politique et géographie politique: terrain en friche et terrains à bâtir", *Revue Internationale des Sciences Sociales*, 35, pp.603-612.
- LEFEBVRE, Henri (1974): *La production de l'espace*, París, Anthropos.
- MCCOLL, R. W. (1966): "Political geography as political ecology", *Professional Geographer*, 18, pp.143-161.
- MACKINDER, Halford J. (1890): "The physical basis of Political Geography", *Scots Geographical Magazine*, 6, pp.78-84.
- \_\_\_\_\_ (1904): "The geographical pivot of history", *Geographical Journal*, 23, pp.421-437 [trad. al castellano en A. B. RAENBACH (comp.): *Antología Geopolítica*, Buenos Aires, Pleamar, 1975, pp.65-81].
- \_\_\_\_\_ (1919): *Democratic ideals and reality: A study in the politics of reconstruction*, Londres, Constable.
- \_\_\_\_\_ (1943): "The round world and the winning of the peace", *Foreign Affairs*, 21, pp.595-605.
- MAHAN, Alfred T. (1890): *The influence of sea power upon history, 1660-1783*, Boston, Little Brown.
- MASSEY, Doreen (1984): *Spatial division of labour: Social structures and the geography of production*, Londres, Macmillan.